

Homilía - Vigésimo Cuarto Domingo del Año C (Septiembre 11 Aniversario)

Recordamos en este fin de semana el Once de Septiembre. Recordamos claramente los acontecimientos horripilantes que tuvieron lugar debido a los “ataques suicidas coordinados por Al-Qaeda” y sus aliados islamitas radicales el 11 de septiembre del 2001. ¡Qué horror! ¡Qué pena! Fue un acto desdeñable de la inhumanidad del hombre contra el hombre. Es la sumatoria de la adoración a falsos dioses. Dios es amor; todos los actos de violencia y odio no proceden de Dios. Tales cosas son ejemplo de la desviación del Verdadero Dios hacia la adoración de ídolos. En la Primera Lectura (Ex 32:7-11, 13-14), Dios dijo a Moisés: “Anda, baja del monte, porque tu pueblo... se ha pervertido”. Observen cómo Dios no los llamó “mi pueblo”. Así, hermanas y hermanos, cualquier organización que patrocina el terrorismo o la matanza de inocentes en nombre de una religión, política o cultura, es sin duda hijo del demonio, padre de mentiras.

¿Cómo respondemos nosotros a esas personas tan terribles? ¿Imploramos a Dios para que los castigue severamente, guarde para ellos el sitio más caliente del infierno o quite sus nombres del libro de la vida? En ese caso, no seríamos nada diferentes de ellos. Recuerdo que una vez vi el documental “El asesinato del Arzobispo Oscar Romero”. Dentro de la situación política de tensión y represión en El Salvador, algunos sacerdotes predicaban la “Teología de la Liberación” y adquirían armas y municiones para defenderse. El Arzobispo Romero los confrontó y ellos llamaban su gesto de autodefensa. El Arzobispo respondió: “Ustedes no se están defendiendo, ustedes están atacando y perderán a Dios tal y como lo han perdido ellos.” La semana pasada CNN reportó una serie de reacciones no sensatas que han tenido lugar sobre el propuesto Centro Islámico con una mezquita cerca del Punto Cero: un taxista fue apuñalado por identificarse como musulmán; algunas personas rechazan señales y actos de vandalismo en una mezquita en Madera, California; ataque con fuego a una mezquita en construcción en Murfreesboro en Tennessee; una “pequeña bomba de fuego” contra una mezquita en Jacksonville, Florida; y en Gainesville, Florida, también un pastor promoviendo un día internacional de quema del Qur’an. ¿Qué está pasando?

Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo: ¿Debemos declarar la guerra a la mayoría “inocente” que practica el Islamismo por el pecado de un sector de islamitas radicales y terroristas? La enseñanza de Jesús es “ama a tu enemigo y ora por aquellos que te persiguen”. No olvidemos nuestra verdadera “arma”: la ORACION. “Porque nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra principados... potestades, contra los poderes de este mundo de tinieblas, contra las fuerzas espirituales de maldad en las regiones celestes” (Ef 6:12, NBLH). Observen cómo Dios pone a prueba a Moisés en la Primera Lectura diciéndole: “Veo que éste es un pueblo de cabeza dura. Deja que mi ira se encienda contra

ellos hasta consumirlos.” Moisés intercedió por el pueblo y fueron perdonados. Nuestra respuesta no puede ser diferente a la de Moisés. Debemos, pues, pedir por el arrepentimiento de todos los terroristas y para que obtengan el perdón, por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

En el pasaje evangélico (Lc 15:1-32 or 15:1-10), Jesús fue llevado a la acción. “Este [hombre] recibe a los pecadores y come con ellos”. Contra lo mal intencionado de estos sentimientos y quejas de los fariseos y escribas, Jesús lanza tres parábolas que ilustran por qué Dios acoge al pecador: la parábola de la Oveja Perdida, la parábola de la Moneda Perdida y la parábola del Hijo Pródigo. Las parábolas tienen como objetivo advertir a los escribas y fariseos quienes se quejan de la misericordia y compasión de Dios para con el pecador. Jesús indica que la recuperación del objeto o persona perdida es siempre motivo de una gran celebración: “en el cielo habrá mas alegría por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos, que no necesitan arrepentirse... También, se alegran los ángeles de Dios por un solo pecador que se arrepiente.”

¿Cuál es el mensaje? Dios no abandona a nadie. Dios no quiere la muerte del pecador sino que el pecador se arrepienta para que gane la vida eterna. Podría parecer ingenuo, humanamente hablando, esperar que los terroristas se arrepientan. ¡Un momento! Sencillamente imagínense al hijo pródigo como desperdició toda oportunidad, “viviendo de una manera disoluta”. Se degradó a sí mismo hasta el punto de desear comer con los cerdos. ¿Quién podría imaginarse que terminaría arrepintiéndose? ¡Los milagros se dan! ¿Pueden ustedes recordar cómo, hace algunos meses, los medios de comunicación reportaron un caso de un hijo del líder HAMAS que se hizo cristiano? Mis queridos hermanos: “Con Dios todas las cosas son posible.”

Jesús muestra que la puerta siempre está abierta a la reconciliación, a la curación y a la restauración de la vida de la gracia. Todos somos hijos e hijas pródigos de Dios, aun cuando unos son más pródigos que otros (para aplicar la expresión de Jorge Orwell, en *La Finca de Animales*). Si damos un paso hacia Dios, Dios dará los otros nueve pasos restantes para ponernos en ruta. El abrazará y besará a sus hijos pródigos, los vestirá con “la túnica más rica” y organizará una gran fiesta; pero por supuesto, ello será así si nos arrepentimos. Si permanece alguna aspereza, Dios dice: “MÍA ES LA VENGANZA, YO PAGARE” (Rom 12:19; Heb 10:30). Finalmente, en lo que recordamos a Septiembre 11, no nos comportemos como el hermano mayor del hijo pródigo. Oremos fervientemente por la conversión de todos los terroristas y personas de malos principios. Que Dios conceda descanso eterno a aquellos seres queridos que han partido de este mundo, especialmente a las víctimas de Septiembre 11. Y que la paz de Cristo reine en el mundo. Amén.